

Ricardo Cotanda. *Las horas*
12 de abril – 7 de junio

La guerra había terminado pero aún no era un recuerdo. A la terrible experiencia que hizo brotar mares de lágrimas en todo el mundo siguió un tiempo de estupor, en el que todo parecía anunciar malos presagios. La vida y la muerte son los dos grandes temas de la novela *La señora Dalloway* de Virginia Woolf, publicada en 1925. Vivir significaba para la escritora mostrar interés por el mundo; y morir, no sentir nada, no querer sentir nada. La vida y la muerte se cruzan sin apenas rozarse a través de las experiencias de los personajes centrales de la novela: Clarissa Dalloway y Septimus Warren Smith en las calles del centro de Londres durante un día de junio de 1923. De la guerra, en la que se alistó voluntario, Septimus vuelve presa de alucinaciones que le hacen sentirse conectado con la naturaleza, atento como está a sus señales y al canto de los gorriones que en griego lo llaman por su nombre y, con gorjeos prolongados y agudos, gritan que la muerte no existe; la guerra también le enseñó a no sentir nada. Vivir y no morir era lo más importante para Clarissa Dalloway, dispuesta a celebrar la vida, “la vida significa reunión” y organizar una fiesta era una forma de crear, lo único que sabía hacer. Vida y muerte, conectadas desde la cordura y desde la locura. Conforme Virginia Woolf avanzaba en la novela, sintió la impresión de estar construyendo un escenario en el que situar los pensamientos que le habían ocupado durante toda su vida; no en vano, anotó, su propósito era escribir sobre los personajes como si fueran paisajes, evitando su personalidad. “Cómo ve el mundo una persona cuerda y cómo lo ve un loco; la una al lado del otro”. A Septimus le prestó sus visiones y a Clarissa sus deseos de sobrevivir a las continuas embestidas de las olas.

Celebrar el centenario de la edición de *La señora Dalloway* en La Casa Amarilla, mediante la organización de un programa de exposiciones y actividades, significa reivindicar el legado de Virginia Woolf, cuyo pensamiento continúa siendo especialmente revelador en cuestiones tales como el antimilitarismo o la defensa del feminismo, tan vigentes en la actualidad. Virginia Woolf vivió sumida en un tiempo de estupor que todavía hoy continúa. Vivimos instalados en un tiempo de estupor, ya lo supo Valeriano Bozal, paralizados ante el horror de los acontecimientos que día a día amenazan con explotar un mundo fragmentado. “El mundo temblaba y se estremecía y amenazaba con arder”, reflexiona Virginia Woolf en la voz del soldado visionario Septimus.

En la secuencia de obras que Ricardo Cotanda presenta en esta exposición, el mundo se disuelve en las tinieblas de un cielo de tormenta cubierto con nubes negras que contienen todas las lágrimas. Una nube tenebrosa basta para hacer *pesar*, la desgracia sobre todo un universo, escribió Gaston Bachelard.

Las horas fue el último título que Virginia Woolf había pensado para su novela que, finalmente, substituyó por *La señora Dalloway*. El paso de las horas marca el ritmo de la narración y el sonido de distintos relojes que, desde diferentes edificios, es escuchado por varios personajes se convierte en un mecanismo de simultaneidad muy efectivo para activar la técnica que llamó de “cavar túneles”, consistente en relacionar los diferentes capítulos y establecer una conexión entre el espacio exterior e interior.

Las horas titula Ricardo Cotanda su exposición en La Casa Amarilla, organizada en dos apartados: “Me voy con las flores” y “Me voy con las algas”. Huida de un mundo que honrará la vida. “Quiero explorar la locura y el suicidio”, escribió Virginia Woolf, para mejor comprender la verdad demente. El horizonte de luto de un cielo cubierto de nimbos es el paisaje para la acción. “Deja ahora que baje, por el poder de la tierra / atraído, lo que en lo alto se acrecienta, / que furioso en truenos se disuelva”, son los primeros versos del poema que Goethe dedicó a los nimbos. A Goethe le fascinaban las nubes y la clasificación de Luke Howard le permitió dar sentido a sus informes formas, animándole a continuar con las observaciones científicas y a posar en ellas su mirada lírica. Bachelard no tenía dudas: las nubes son uno de los objetos poéticos más oníricos, “son los objetos de un onirismo en pleno día”. Virginia Woolf sentía su cabeza golpeada por corrientes oníricas que la impulsaban hacia lo alto para dejarla caer al abismo. Me voy con las flores. Me voy con las algas.

Las nubes se desplazan veloces en la secuencia fotográfica de ambas series protegidas con cristales, sobre los que Ricardo Cotanda coloca pantallas de cristal lacado en rojo o verde que surgen y se deslizan de arriba-abajo y de abajo-arriba, hasta cubrir toda la superficie, con el propósito de doblar, desdoblarse y redoblar la visión del mundo de tal modo que, como señalara Gilbert Durand, el reflejo sea el factor de redoblamiento: el cielo se abisma al fondo del lago y este se eleva al cielo. “Cosa inaudita, es adentro de uno donde hay que mirar al afuera. El profundo espejo sombrío está en el fondo del hombre. Allí está el claroscuro terrible”, escribió Victor Hugo. Nunca le gustaron los espejos a Virginia Woolf. La imagen reflejada puede ser devastadora. Para Durand mirarse es ya un poco “ofelizarse” y participar en la vida de las sombras. Espejos que enmarcan las ventanas desde las que “zambullirse” en lo más profundo. Los versos de Victor Hugo “Volaba en la bruma y en el viento lloroso / hacia el abismo de arriba, oscuro como una tumba” acompañan la disolución de los personajes vulnerables creados por Virginia Woolf, siempre a la deriva. Con sus obras Ricardo Cotanda acoge la imagen gemelar de la vida y de la muerte que la escritora propone en su novela: la vida imponiéndose al miedo de la muerte y la muerte entendida como una ofrenda a la vida. Mientras se escuchan los versos del poema que Shakespeare incluyó en *Cimbelino* que tanto fascinó a Virginia Woolf: “No temas ya el calor del sol / Ni las iras del furioso invierno”. [*Chus Tudelilla*]